

La eternidad de la voluntad creadora de Dios y la temporalidad del mundo

Dios ha creado el mundo mediante un acto eterno de su voluntad creadora, pero le ha dado una existencia temporal (dogma).

I. Véase el Cuarto Concilio Lateranense, D. 428 (cfr. el § 52); el Concilio Vaticano, sesión tercera, can. 1, D. 1783. Véanse los textos correspondientes en el § 100.

Entre las proposiciones condenadas por la constitución *In agro Dominico* (27 de marzo de 1329) se hallan las siguientes, tomadas de los escritos del maestro Eckhart (muerto en 1329): "Por lo que se refiere a la pregunta por qué Dios no creó antes el mundo, contestó él (Eckhart) lo siguiente: Dios no pudo crear el mundo antes porque nada obra antes de ser; tan pronto como Dios existió creó también el mundo. Del mismo modo se puede conceder que el mundo existe desde la eternidad. Del mismo modo... cuando Dios engendró al Hijo coeterno creó también al mismo tiempo el mundo" (D. 501-03; NR. 172-74); ha sido condenado el sentido o contenido objetivo de las sentencias; el sentido que puede haberles dado el Maestro Eckhart es un asunto que nada tiene que ver con la condena; cfr. § 41; cfr. la bibliografía del § 100.

La temporalidad del mundo está en contraposición de la eternidad de Dios (véase el vol. I, § 40). Ella comprende el efecto recíproco de las cosas y su fluir continuo. Este efecto recíproco y su continuo fluir dan origen al tiempo y a la vez que se sucedan en el tiempo. El tiempo describe el ritmo, el curso de ese fluir.

Digno de notarse en la idea de temporalidad del mundo es el hecho de que él tiene un principio como tendrá un fin.

2. La *Escritura* habla del comienzo absoluto del mundo (*Gen.* 1, 1; 2, 4). Dios ha existido antes de que el mundo existiese: *Sal.* 90 [89], 2; 102 [101], 26; *Prov.* 8, 22 y sigs. La existencia de Cristo es anterior a la existencia del mundo: *Io.* 17, 5, 24. Antes de que el mundo existiese nos ha elegido el Padre en Jesucristo, para que seamos santos e intachables (*Eph.* 1, 4).

3. En la *Epoca de los Padres de la Iglesia* se opone la temporalidad del mundo a la eterna generación del Hijo de Dios. Al mismo tiempo se constata la eternidad de la voluntad creadora.

San Basilio (en la primera homilía sobre el Hexaemeron; *BKV* II, 12 y sgs.) afirma: "El es el ser bienaventurado, la bondad inefable, el objeto del amor de todas las criaturas racionales, la hermosura anhelada, el principio de las cosas, la fuente de la vida, la luz del espíritu, la sabiduría incomprensible; El, quien al principio creó el cielo y la tierra. Y tú, criatura humana, no creas que el mundo visible no haya tenido comienzo, y si los cuerpos se mueven circularmente en el cielo, sin que nosotros podamos percibir claramente el comienzo de la circulación, guárdate bien de pensar que la naturaleza de los cuerpos circulantes no ha tenido comienzo. Este círculo, una superficie plana, una figura circunscrita por sólo una línea, escapa a la capacidad de nuestro conocimiento y nosotros no podemos percibir dónde ha comenzado y dónde se cierra; pero no por eso hemos de considerarlo como eterno. Al contrario; aunque nosotros no podemos conocerlo, en realidad proviene de alguien, quien lo ha trazado desde un centro, guardando siempre cierta distancia. Por eso, al ver que los cuerpos que se mueven en círculo siguen siempre su propia órbita—precisamente porque su movimiento es regular e incesantemente continuo—no deben incurrir en el error de que el mundo es infinito y no ha tenido principio."

San Ambrosio (en el primer libro sobre el Hexaemeron, cap. 10 *BKV* I, 15) dice: "Muchos son los lugares en que Dios testifica que es El quien ha creado el mundo: no creas, pues, que carece de comienzo porque es esférico, como dicen, de modo que falta en él el principio, al parecer, y porque todo tiembla alrededor de él, cuando resuena, de suerte que en él nadie puede percibir ni principio ni fin; porque el determinar con los sentidos el comienzo de un círculo es una cosa imposible. Tampoco en una esfera se puede descubrir el punto donde comienza: no se puede decir, por ejemplo, dónde comienza el disco de la luna y dónde termina después de la mengua mensual. Pero el que tú no puedas percibirlo no quiere decir que no tenga ni principio ni fin. Pues si tú mismo trazas con tinta o punzón un círculo o si lo mides con el compás, después de algún tiempo no percibirás con los ojos ni te acordarás espiritualmente dónde has comenzado y dónde has terminado. No obstante, tú mismo eres testigo de que has comenzado y terminado. Y aunque no lo perciban tus ojos,

la verdad es innegable. Ahora bien, lo que tiene un comienzo tiene también fin, y lo que termina, sin duda alguna ha comenzado también." Y San Isidoro de Sevilla (*De summo bono*, lib. I, cap. 9): "Es seguro que antes de que existiese el mundo no había tiempo alguno, porque el tiempo es una criatura de Dios; el tiempo ha comenzado, pues, a existir juntamente con el mundo. Los tiempos no se extienden en el espacio, pues lo mismo que vienen así también desaparecen. Por eso en las cosas no hay nada inmutable, todo fluye y desaparece en el transcurso del tiempo. Un siglo, un año, un mes, un día o una hora no son el mismo tiempo, porque todo esto no existe simultáneamente, viene sucesivamente y del mismo modo desaparece. ¿Cómo, pues, podemos tener por algo lo que ni siquiera es? ¿Dónde encontramos las partes del tiempo, el pasado, el presente y el futuro? Solamente en nuestra alma las encontramos, porque nosotros nos acordamos del pasado, vemos el presente y esperamos el futuro. En Dios no sucede lo mismo. En Dios todo es presente." San Agustín (*De civitate Dei*, cap. 6; *BKV* II, 151 y sigs.) escribe: "Con razón se establece una distinción entre el tiempo y la eternidad; porque el tiempo no existe sin transformación ni mutación, mientras que en la eternidad no hay cambio alguno. Es claro, por consiguiente, que el tiempo no ha podido existir sin el fluir de la criatura, la cual implica cambios de estado bajo la forma de movimiento, de cualquier clase que éste sea. El tiempo aparece con el móvil cambio de las formas, con la sucesión de esto y lo otro, que no pueden subsistir simultáneamente; con los trayectos más o menos cortos o largos que resultan al desaparecer lo uno y pasar a ocupar su lugar lo otro. Como quiera que Dios, cuya eternidad excluye todo cambio y mutación, es el creador y ordenador de los tiempos, no se puede decir, según mi parecer, que ha creado el mundo en determinados espacios de tiempo; de otro modo habría que admitir que antes de la existencia del mundo ha existido ya la criatura, con cuyo movimiento habrá comenzado a fluir simultáneamente el tiempo. Ahora bien, dice la Sagrada Escritura, y ella dice siempre la verdad pura y completa, que al principio Dios ha creado el cielo y la tierra. Esto quiere decir que antes de esa creación no había creado nada; pues si hubiese creado algo antes de la totalidad de su creación habría que decir de ello que ha sido creado al principio. No se puede dudar, por consiguiente, de que el mundo no ha sido creado en el tiempo, sino con el tiempo. Porque lo que sucede en el tiempo tiene lugar antes y después del tiempo, después de un tiempo ya pasado y antes del tiempo que ha de venir. Ahora bien, antes de la creación del mundo no podía existir el tiempo, porque no había criatura alguna con cuyos cambios de estado hubiera podido llegar a existir. Antes bien, junto con el tiempo ha sido creado también el mundo, en cuanto que con él comenzó simultáneamente el movimiento de mutación. Y a eso se refiere aquella sucesión de seis o siete días, aquella "mañana" y aquella "tarde" de la obra divina de la creación, que quedó terminada el día sexto, siguiendo el día séptimo, como lo dice el gran misterio, el descanso de Dios."

4. La eternidad de la inmutable voluntad creadora de Dios, idéntica con la esencia misma de Dios, no implica la eternidad del mundo. *La eterna voluntad creadora de Dios exige también la*

temporalidad del mundo. Dada la diferencia objetiva que hay entre el acto de la voluntad y el objeto o contenido de la voluntad, el querer y su contenido pueden subsistir separadamente, de suerte que con el acto de la voluntad no existe necesariamente el contenido de la voluntad. Además, con su voluntad Dios determina no solamente la existencia de las criaturas, sino también su esencia, el cómo, su modo de ser. Al modo de ser de las criaturas pertenece la existencia temporal y espacial. “El tiempo, lo mismo que el mundo, comienza a existir en el momento en que Dios, mediante su omnipotencia, realiza la idea del mundo, el cual en esa idea sólo era un mundo posible. Con la creación se realiza, por consiguiente, un doble comienzo: el comienzo del mundo y el comienzo del tiempo. Es comienzo del tiempo en cuanto que es comienzo del mundo, en el cual conocemos también lo temporal. Por otra parte, es comienzo del mundo en cuanto que es comienzo del tiempo, pues la temporalidad del mundo es precisamente su finitud. La idea del mundo no se puede separar de la idea del tiempo, lo mismo que la idea del tiempo es inseparable de la idea del mundo. El mundo es mundo en virtud del tiempo, y el tiempo es tiempo en virtud del mundo. Ambos reciben de Dios el comienzo mediante la Creación. Tenemos, pues, que con la Creación comienzan a existir simultáneamente el mundo y el tiempo, y el uno existe porque existe el otro. Por eso, el uno presenta las mismas notas características que el otro; a causa del mundo el tiempo es un tiempo finito, a causa del tiempo es el mundo un mundo finito y mutable. Si el mundo... no existiese, no existiría el tiempo, del mismo modo que no puede existir el mundo sin que exista también el tiempo” (F. A. Staudenmaier, *Die christliche Dogmatik*, III, 1848, 122 y sigs.).

5. *La humanidad no iluminada por la luz de la Revelación* no ha llegado a conocer con toda claridad la temporalidad del mundo. Platón enseñó la eternidad de la oscura, desordenada y caótica materia, de la cual el arquitecto del mundo hizo el cosmos actualmente existente. Según Aristóteles, la materia es eterna y el motor inmóvil la ha puesto en movimiento desde la eternidad. En la Edad Media, San Alberto y San Buenaventura enseñan que el afirmar la eternidad del mundo implica una contradicción. Santo Tomás de Aquino, pensando sin duda alguna que una deficiente argumentación podría exponer al ridículo una verdad de la fe, ha enseñado que el hecho de la finitud del mundo es un hecho testificado por

la Revelación, pero que no puede demostrarse con los medios naturales de la reflexión humana. Según su opinión, decir que el mundo es eterno es una afirmación que no se puede refutar replicando que la criatura, por esencia, es un ser totalmente dependiente de Dios. Con razón destaca Suárez que sólo se puede argumentar de esa manera con respecto a un mundo supratemporal e inmutable, no con respecto a nuestro mundo de estructura temporal y mutable. Ahora se trataría de decidir si la idea de un mundo inmutable no implica en sí una contradicción, si el mundo y el tiempo no son cosas necesariamente conexiadas.

Staudenmaier (*l. c.*, págs. 126 y sig.) escribe sobre este punto lo siguiente: "Así como lo eterno es increado, del mismo modo lo creado es temporal, pues el concepto de tiempo es esencial y necesariamente un elemento del concepto del mundo, de suerte que la idea de un mundo eterno implica una contradicción, ya que sólo Dios es eterno. La temporalidad no pierde sus notas características esenciales aun cuando extendiéndose hacia atrás parezca acercarse a la eternidad; por consiguiente, aunque la edad del mundo actual se elevase a millones, billones y trillones de años, no estaría con ello ni siquiera un solo paso más cerca de la eternidad, pues tampoco el tiempo infinitamente aumentado llega a convertirse en eternidad. Por la misma razón, el mundo no hubiese dejado de ser temporal aunque Dios hubiera realizado la idea del mundo inmediatamente después de haberla concebido; la única diferencia entre el mundo tal cual es ahora y el mundo como hubiese podido ser en el presente caso sería una cuestión de tiempo. También el número, que pertenece también a la finitud, mejor dicho, a la categoría de la finitud, puede aumentarse infinitamente añadiendo nuevos números; pero aparte *antes* tiene un comienzo determinado en el uno, que constituye para él una frontera infranqueable, lo mismo que el tiempo no puede salir de sí mismo cuando pretende convertirse en eternidad. Del mismo modo podemos decir: lo mismo que el número aumentado por una infinidad de veces hacia adelante no deja de ser una repetición del uno, así también el tiempo aumentado una infinidad de veces hacia adelante no pierde nunca su comienzo, y así como la unidad va repitiéndose en todos los números, así también el comienzo temporal, repitiéndose incesantemente, marcha a través de todos los tiempos. De aquí se deduce que es también sencillamente falsa la otra opinión, la cual pone antes del mundo actual un tiempo infinito y un espacio infinito, tal como lo relata San Agustín. El presunto tiempo que ha existido antes de la creación del mundo es un tiempo que no es en manera alguna tiempo. Ahora bien, el tiempo que no es tiempo implica una contradicción, ya que el tiempo intemporal es un mero absurdo, ni más ni menos que el mundo premundano, que de por sí sería un mundo no mundo, y lo mismo que el espacio infinito, que sólo podría ser un espacio inespacial, es decir, un espacio que no es espacio."

6. La Revelación no nos dice nada sobre la *edad del mundo*, de tal modo que en lo que concierne a esta suprema instancia nada

puede oponerse contra la opinión que afirma que la *tierra* existe ya desde hace muchos millones de años, o desde hace miles de millones de años, como enseñan las Ciencias Naturales modernas (cfr. § 100).

He aquí lo que escribe C. Fr. von Weizsäcker con respecto a la edad del *universo* (*Zum Weltbild der Physik*, 1943, págs. 124 y sig): “Sorprendentemente se ha deducido para los átomos químicos, para las estrellas y para las nebulosas la misma edad de unos cinco mil millones de años, a base de métodos completamente distintos. Los elementos uranio y torio son el punto de partida para la determinación de la edad de los átomos químicos. Como quiera que estas materias se desintegran lentamente, tienen que volver a ser formadas de nuevo o tienen que haber surgido hace “poco” tiempo, puesto que no se han desintegrado completamente entre tanto. La primera de las dos hipótesis es considerada hoy como poco probable; no conocemos en el cosmos lugar alguno que presente las condiciones físicas necesarias para la producción de uranio y torio. Si nos decidimos a aceptar la segunda hipótesis se deduce para estos elementos (y probablemente para todos los elementos compuestos) una edad de unos cinco mil millones de años. La edad de las estrellas se puede calcular desde que en las reacciones nucleares se ha descubierto la fuente de la energía que irradian, pudiéndose además determinar la rapidez con que se agota esa fuente. Por ejemplo, de la cantidad de hidrógeno y helio que hoy contiene el sol todavía, se puede deducir que ha estado irradiando energía, lo mismo que ahora, desde hace algunos miles de millones de años, pero no durante un período de tiempo mucho mayor. Especialmente digna de ser tomada en cuenta es la determinación de la edad de las nebulosas espirales. Estas estructuras muestran en lo que concierne a la luz que irradian una desviación espectral hacia el lado de la luz roja, siendo la desviación tanto mayor cuanto más lejos se halla de nosotros la nebulosa observada. Según la interpretación corriente, este fenómeno indica que las nebulosas espirales se alejan unas de otras, y, por tanto, también con respecto a nosotros. En efecto, la susodicha desviación hacia el rojo significa que por segundos aparecen menos ondas luminosas que en la luz ordinaria, y esto tiene que suceder si es que realmente las nebulosas espirales se alejan realmente de nosotros. Si aceptamos esta interpretación, tenemos como resultado que las nebulosas espirales se dispersan lo mismo que los cascotes de una granada que ha explotado; porque después de la presunta explosión cósmica los cascotes que se mueven con mayor velocidad tienen que hallarse más alejados al cabo de cierto tiempo, como lo demuestra la relación de dependencia entre la desviación hacia el rojo y la distancia. Si a base de la velocidad y de la actual distancia de las nebulosas se calcula el momento de la “explosión”, se obtiene de nuevo como resultado una fecha de hace unos cinco millones de años. Esta concordancia es tan sorprendente, que uno se siente inclinado a atribuirle un valor real. Esto podría significar que las partes del mundo hoy conocido, a saber, átomos, estrellas y nebulosas espirales han pasado hace unos cinco mil millones de años de un estado cósmico para nosotros completamente desconocido al estado actual.” Otros señalan un espacio de tiempo de seis mil millones de años. D. Wattenberg (*Das Alter der Welt im Lichte der*

Atomphysik, en *Stimmen der Zeit* 73, 1948, 141, 146) añade a lo dicho que, según los últimos cálculos, el mundo hace unos seis mil millones de años debía ser prácticamente un "punto" sólo matemáticamente definible. "Por consiguiente, el desarrollo del cosmos tiene que haberse realizado en el espacio de tiempo hasta ahora transcurrido. Pero no podemos imaginarnos que la materia actualmente existente con un peso de dos veces 10^{55} gramos (¡un dos seguido de 55 ceros!) haya estado concentrada en un punto inextenso (o en una pequeña estrella). Podemos evitar estas dificultades admitiendo (con Jordan) que la materia ha ido apareciendo poco a poco, primero en forma de neutrones aislados y, finalmente, en forma de estrellas de neutrones, que habían ido creciendo con el tiempo y cuya masa total ha estado en proporción con la correspondiente extensión del espacio creciente. Esto quiere decir que este aumento de materia considerado en relación con la creciente extensión del espacio cósmico sigue verificándose todavía mediante el incesante nacimiento de nuevas estrellas, pareciendo encontrar expresión este fenómeno en las eventuales apariciones de las llamadas "supernova". Estas reflexiones quieren decir que hace seis mil millones de años, tanto la materia como las estrellas y los sistemas cósmicos, han comenzado a existir en virtud de un acto elemental creador y generador del mundo; expresado en sentido físico: en virtud de un proceso que ha materializado la energía imponderable convirtiéndola en neutrones y estrellas de neutrones, y que el tiempo transcurrido a partir de aquel acto constituye la edad real del mundo, a la cual pueden subordinarse sin esenciales contradicciones las cronologías de la astronomía y de la física. Al mismo tiempo, queda descartado el problema relativo a una "prehistoria cósmica" que pudiese revelarnos algo sobre el estado posible anterior al que precedió al susodicho acto elemental, ya que no puede haber un tal "antes". Resumiendo lo dicho podemos constatar que la astronomía y la física de los átomos, con la ayuda de una física cósmica que abarque a la vez el mundo de los átomos y el de las estrellas, y mediante la interpretación lógica de hechos de la experiencia, en unión con deducciones teóricas, pueden llegar a establecer una cronología que presenta el cosmo como complejo temporalmente limitado." Véase F. G. Houtermans, en *Zeitschrift für Naturforschung*, vol. 2.º, 1947, 322-28. H. Vogt, *Aufbau und Entwicklung der Sterne*, en *Probleme der kosmischen Physik*, XXIV, 1943. P. ten Bruggenecate, en *Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen*, "Math.-Phys." Kl., 1945, y en *Zeitschrift für Astrophysik* 24, 1947, 48-58. St. Meyer, *Forschungen und Fortschritte* 14, 1938, 41. P. Jordan, *Die Herkunft der Sterne*, 1947. D. Wattenberg, *Blick ins Weltall*, Berlín, 1947. Fr. Asselmeyer, *Betrachtungen zur Kosmogonie*, en *Klerusblatt* 29, 1949, 19 y sig., y la obra de Bavink citada en el § 101, con más bibliografía, y además I. de Broglie, *Licht und Materie*, 6.ª ed., Hamburg, 1944. Idem, *Die Elemententeilchen. Individualität und Wechselwirkung*, 2.ª ed., Hamburg, 1944.

Cuando hablamos del *mundo eterno*, del *eterno ciclo* de la Naturaleza, empleamos la palabra "eterno" en el sentido lato, significando un tiempo inimaginablemente largo, pero finito y una regularidad que se repite continuamente.

7. Con facilidad se puede refutar la objeción de que Dios no puede estar nunca inactivo, de suerte que tiene que haber sido siempre creador. Tampoco antes de la creación se hallaba Dios en un estado de inactividad. Dios no necesita el mundo como objeto de actividad y, por otra parte, el mundo no puede ser el contenido adecuado de su obrar infinito. Dios es en sí mismo la plenitud del ser y pletórica realidad activa (*actus purus*). Este estado de cosas aparece con toda claridad en las producciones inmanentes de Dios: véanse los §§ 53-56, 86, 90. Por lo que se refiere a la cuestión de saber lo que hizo Dios antes de la creación del mundo, véase la respuesta de San Agustín en el § 70.

Newman (en el sermón *El misterio de la condescendencia divina*, en *Sermones del período católico*) afirma: "De lo dicho hasta aquí se deduce lo siguiente: Como quiera que Dios existe desde la eternidad y ha creado el mundo en un momento determinado, tenemos como resultado que ha vivido durante eternidades antes de comenzar a crear. ¡Qué idea tan admirable! Ha existido un estado en que Dios vivía sólo para sí y no había nada fuera de El, ni la tierra, ni el cielo, ni el sol, ni las estrellas, ni el espacio y el tiempo, ninguna clase de seres, ni hombres, ni ángeles, ni serafines. En torno de su trono no había espíritus dispuestos a servirle, nadie le ensalzaba y adoraba. Todo era silencio, todo era quietud, sólo Dios existía. Y este estado no duró sólo un momento, fué un estado de infinita duración, existió siempre y era lo normal, viniendo la creación a introducir una novedad. Comparada con aquel estado, la Creación es una cosa de ayer. Existe desde hace seis mil años, o si queréis, desde hace sesenta mil años, o desde hace seis millones de años, o desde hace seis millones de millones de años. ¿Qué es esto comparado con la eternidad? ¡Una pura nada! Es menos que una gota de agua en el Océano o un grano de arena en la inmensidad del orbe terráqueo. Durante toda una eternidad ha existido Dios sólo, sin ningún otro ser a su lado, sólo El. Fuera de su ser no había nada; no hacía nada, permanecía completamente quieto, no hablaba, no recibía el honor que le tributaran otros seres, ninguna criatura le ensalzaba y era bienaventurado en sí mismo y por sí mismo y no necesitaba de ningún otro ser. ¡Cuán grandiosa es la idea del Todopoderoso que estas reflexiones hacen surgir en nosotros! Nosotros, caros hermanos míos, sentimos que esto sobrepasa nuestras capacidades de comprensión. ¡Qué imperfectamente podemos comprenderle! He aquí que nosotros nos encontramos en el mundo con un hombre cuya manera de vivir y ser se distingue tanto de la nuestra que no podemos comprenderla. Nosotros nos admiramos... Nuestros más próximos compañeros de camino son a veces un enigma para nosotros; decimos que son seres raros e incomprensibles; pero ¿qué es esto en comparación con la peculiaridad del Dios vivo que trasciende todas las posibilidades de nuestros conceptos? Sólo Dios es verdaderamente incomprensible, Dios que ha vivido toda una eternidad, sin comienzo alguno, absolutamente solo, sin que la soledad llegase a resultarle intolerable. ¿Quiénes o qué pocos de entre nosotros pueden vivir

en la soledad, aunque no sea más que una semana, sin sentirse infelices? Todos habréis oído, caros hermanos míos, que el régimen de incomunicación a que son condenados algunos malhechores, a la larga resulta más intolerable que cualquier otro castigo, y que, finalmente, conduce a la locura. Nosotros no podemos vivir sin tareas ni metas, sin ocupaciones e intercambio de ideas. Nosotros no podemos vivir durante mucho tiempo en el estrecho círculo de nuestro propio yo. El espíritu dejado a solas consigo mismo se convierte en tormento. Esto es lo que sucede entre nosotros los seres mortales. Pero todo cambia cuando dirigimos hacia Dios la mirada de nuestro espíritu. Dios ha vivido durante toda la eternidad en un estado que en nosotros, al cabo de un par de míseros años, produciría la locura. Ha vivido toda una eternidad sin cambio alguno de ningún género. Aun en la vida del más solitario eremita, la sucesión del día y la noche, del comer y el dormir, trae consigo ciertos inevitables cambios. Y si bien la celda en que está encerrado el desgraciado prisionero no le presenta alivio alguno en su desesperada soledad, al menos le permite dormir. En el sueño olvida su miseria, el sueño le da nuevas fuerzas para sobrellevarla. El Eterno, al contrario, no conoce el sueño, ni la quietud, ni el descanso; a pesar de ello, no se cansa de sí mismo y su propia infinitud no se convierte nunca en intolerable peso para él. Desde la eternidad vive incesantemente activo, en incesante quietud, en un estado de eterna quietud, de inefable y profunda paz; y su espíritu está siempre vigilante y lleno de vida y en plena posesión de todas sus fuerzas y de su conciencia, es punto de partida y meta (sujeto y objeto) de su propio conocimiento. Dios vive en un estado de eterna quietud, pero descansa en sí mismo. Dios es su propio fundamento y su propia finalidad, su propio pensamiento y su propia felicidad. Así ha sido desde la eternidad, y si no podemos comprender que haya vivido solitariamente durante toda una eternidad, ¿podemos acaso comprender por qué Dios ha dejado su soledad y ha comenzado a tratar con las criaturas?"

8. La creación en el tiempo es un *misterio*; un misterio garantizado por la Revelación y cuya congruencia comprende nuestra razón. El inescrutable misterio de la temporalidad del mundo querido eternamente por Dios consiste menos en el hecho de que Dios con voluntad eterna quiere una realidad temporal, sino más bien en el hecho de que Dios con una voluntad eterna e inmutable quiere un mundo temporal, sometido a mutaciones y a un incesante fluir. Y, en definitiva, este misterio se pierde en la oscuridad de una nueva cuestión: ¿Cómo puede pensar y querer el Dios infinito un mundo finito? Cfr. H. Conrad-Martins, *Die Zeit*, 1954.